

**SALVADOR CARRILLO ALDAY, m.sp.s.**

**RENOVACION  
EN EL  
ESPIRITU SANTO**

**EDICIONES PAULINAS**

. Colección  
C A R I S M A

8

SALVADOR CARRILLO ALDAY, M.Sp.S.

RENOVACION EN EL  
ESPIRITU SANTO

EDICIONES PAULINAS

Inscripción N° 56.213  
*Con las debidas licencias*

© EDICIONES PAULINAS  
Todos los derechos reservados

Impresor: TALLERES GRAFICOS  
Pía Sociedad de San Pablo  
Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile  
Noviembre de 1990  
Impreso en Chile – Printed in Chile

## RENOVACION AL IMPULSO DEL ESPIRITU

El mundo tiene ansias de “renovación espiritual”. Esta aspiración brota de lo más íntimo del ser humano y ha sido puesta allí por el mismo Dios.

El Concilio Vaticano II quiso recoger este anhelo de la comunidad cristiana universal y, después de maduras reflexiones, emanó los documentos conciliares que son una luz fulgurante capaz de iluminar las situaciones vitales de los hombres del mundo actual.

Terminado el Concilio Vaticano II, la Iglesia sintió, por una parte, la necesidad urgente de poner en práctica las directivas sabias de la grande asamblea; pero, por otra, experimentó como una incapacidad radical para realizar sus apremiantes deseos.

En esta situación, el miércoles 29 de noviembre de 1972, S.S. Pablo VI se preguntaba:

*“¿Qué necesidad, primera y última, advertimos para esta nuestra Iglesia bendita y querida? ¿Cuál?”*

Y, con acento profético, se respondía:

*“Lo debemos decir casi dominados por el temor y en oración: . . . Es el Espíritu Santo, animador y santificador de la Iglesia, su aliento divino, el viento de sus velas, su principio unificador, su*

*fuente interior de luz y de fuerza, su apoyo y su consolador, su fuente de carismas, su paz y su gozo, su prenda y su prelude de vida bienaventurada y eterna.*

*La Iglesia tiene necesidad de su Pentecostés permanente, tiene necesidad de fuego en el corazón, de palabras en los labios, de profecía en la mirada. La Iglesia tiene necesidad de ser templo del Espíritu Santo, es decir, de limpieza total y de vida interior; tiene necesidad de volver a sentir dentro de sí, en la muda vaciedad de nosotros hombres modernos, totalmente extrovertidos por el atractivo de la vida exterior, seductora, fascinante, corruptora con lisonjas de falsa felicidad; de sentir, decimos, que sube de lo más profundo de su intimidad personal, como un gemido, una poesía, una oración, un himno, la voz orante del Espíritu, que, como nos enseña san Pablo, nos sustituye y ora en nosotros y por nosotros, con 'gemidos inefables', y que le interpreta el discurso que nosotros, a solas, no sabríamos dirigir a Dios (Cfr. Rm. 8,26-27).*

*De esto tiene necesidad la Iglesia. Tiene necesidad del Espíritu Santo. Del Espíritu Santo en nosotros, en cada uno de nosotros, y en todos nosotros juntos, en nosotros-Iglesia".*

Siendo así, estamos persuadidos de que el Espíritu Santo, —y sólo El—, con la suavidad de su acción interior y con el ímpetu de su fuerza divina, es quien podrá realizar en cada uno de nosotros y en nosotros-Iglesia esa "renovación" profunda, nece-

sitada por el mundo entero, querida por el Concilio, anhelada por el Santo Padre, y proclamada últimamente durante el Año Santo en su lema de trabajo espiritual “Renovación y reconciliación”.

En esta perspectiva es en la que hay que comprender el fenómeno religioso de alcances universales que Dios mismo está suscitando en el mundo y que llamamos “*Renovación cristiana en el Espíritu Santo*” o “*Renovación carismática*” o “*Renovación espiritual*” o simplemente “*Renovación*”.

Para beneficiarse de esta “Renovación al impulso del Espíritu”, hemos querido presentar un programa de iniciación de siete instrucciones basado en los cinco primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles.



## I. Primera Instrucción

### “RENOVACION CRISTIANA EN EL ESPIRITU SANTO”

#### I. *Origen de la renovación cristiana en el Espíritu Santo o Renovación Carismática*

1. *¿Dónde y cómo tuvo lugar la primera experiencia carismática en la Iglesia católica?*

Desde luego, la pregunta se refiere concretamente a esta renovación espiritual que es conocida en el mundo como “Renovación carismática” o “Renovación cristiana en el Espíritu Santo”.

Fue en la primavera del año 1966, cuando en la Universidad de Duquesne en Pittsburgh (Pennsylvania), el Espíritu de Dios quiso suscitar una renovación cristiana que pronto cundió por los demás estados de la Federación Americana y de allí ha pasado a todo el mundo.

Dos personas seculares de la Universidad se habían comprometido activamente en trabajos litúrgicos, espirituales y apostólicos. Sin embargo, estaban descontentos con los resultados de sus esfuerzos y les inquietaba fuertemente no poder comunicar el mensaje evangélico con poder, como lo habían hecho

los primeros cristianos. Hicieron, pues, un pacto: orarían el uno por el otro a fin de ser llenos de los dones del Espíritu Santo, y acordaron recitar cada día la secuencia de la Misa de Pentecostés: “¡Ven, oh Espíritu Santo!”, y fueron fieles a la recitación de esa plegaria el resto del año.

Pronto surgió un grupo de unas 20 personas de la Universidad que experimentaron una profunda transformación religiosa en sus vidas. Principalmente entraron en un contacto personal con Cristo vivo. Este acontecimiento fue marcado también por la aparición de ciertos carismas que existieron en la Iglesia primitiva. Muchos entre ellos recibieron el don de lenguas y varios recibieron otros carismas como profecía, discernimiento de espíritus, poder de exorcismos.

Como resultado de esa experiencia, que ocurrió en febrero de 1967, se formó un pequeño grupo de oración. En el espacio de un mes, lo que había ocurrido en Duquesne pasó a Notre Dame University en South Bend (Indiana), y a la parroquia católica de la Universidad de Michigan State.

## *2. Expansión de la Renovación*

Esta renovación espiritual existe actualmente en numerosos países de los cinco continentes. Su expansión es, pues, mundial. Constantemente se están celebrando congresos, encuentros, reuniones, a nivel internacional, continental, nacional, regional o

local. Debemos preguntarnos como nació la Renovación en mi país, en mi ciudad, en mi comunidad (1).

Las respuestas serán necesariamente muy variadas, pues será el relato concreto vivo y experimental, de cómo la persona que está impartiendo el curso de iniciación entró en contacto con la Renovación cristiana.

## II. *Frutos de este renacimiento espiritual*

El Santo Padre Pablo VI, dirigiéndose a los participantes del primer Congreso internacional de la Renovación carismática, sintetizaba los frutos de la Renovación en estos términos:

- ◊ El gusto por una oración profunda, personal y comunitaria.
- ◊ Un retorno a la contemplación y un énfasis puesto en la alabanza de Dios.
- ◊ El deseo de entregarse totalmente a Cristo.
- ◊ Una grande disponibilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo.
- ◊ Una frecuentación más asidua de la Escritura.
- ◊ Una amplia abnegación fraterna.
- ◊ La voluntad de prestar una colaboración a los servicios de la Iglesia.

---

(1) Para Chile ver revista *Pentecostés*, Agosto, 1977.

### III. *¿Cómo calificar esta renovación espiritual?*

1. Esta renovación cristiana al impulso del Espíritu Santo es una manifestación clara y elocuente de la acción poderosa del Espíritu de Dios que es el alma de la Iglesia y le comunica constantemente la vida divina.

Las primeras personas que gozaron de esta profunda experiencia religiosa tuvieron la convicción de que se estaba produciendo en ellas algo semejante a lo que los Apóstolés recibieron el día de Pentecostés. Era para ellos “*su*” Pentecostés.

2. Esta renovación es como una realización de los deseos ardientes y de las plegarias instantes de S.S. Juan XXIII cuando, iluminado de lo Alto, convocó el Concilio Vaticano II. El Santo Padre escribía:

“Dígnese el Espíritu Divino escuchar de la manera más consoladora la oración que todos los días sube a El desde todos los rincones de la tierra: ‘¡Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés, y concede que la Iglesia santa, reunida en unánime y más intensa oración en torno a María, Madre de Jesús, y guiada por Pedro, propague el reino del Salvador divino, que es reino de verdad, de justicia, de amor y de paz!’ ”  
(Const. *Humanae salutis*, 25-XII-1691, n. 21).

3. Esta “renovación espiritual” es, en expresión de S.S. Pablo VI, “*una suerte para la Iglesia y para el mundo*”. El Sumo Pontífice había sentido la nece-

idad urgente que la Iglesia actual tiene de Espíritu Santo, y esta renovación espiritual parece ser una de las manifestaciones de la acción del Espíritu:

“Para un mundo cada vez más secularizado, no hay nada más necesario que el testimonio de esta “renovación espiritual” que el Espíritu Santo suscita hoy visiblemente en las regiones y ambientes más diversos.

Las manifestaciones de esta renovación son variadas: comunión profunda de las almas, contacto íntimo con Dios en la fidelidad a los compromisos asumidos en el bautismo, oración a menudo comunitaria donde cada uno, expresándose libremente, ayuda, sostiene y fomenta la oración de los demás...

Entonces esta “renovación espiritual”, ¿cómo no va a ser una ‘suerte’ para la Iglesia y para el mundo? Y en este caso, ¿cómo no adoptar todos los medios para que continúe siéndolo?” (19 de mayo de 1975) (1).

4. Nuestro Señor había predicho, de diferentes maneras, esta renovación profunda, a través de miembros del Pueblo de Dios. Baste citar el ejemplo de la sierva de Dios, Concepción Cabrera de Armida, quien escribe este mensaje del Señor:

“El mundo necesita como un nuevo Pentecostés, y por la impetración de mi Corazón vendrá a renovar los corazones. Pero que se unan las almas a la plegaria mía para apresurar ese momento de salvación para el universo entero.

---

(1) Este discurso aparece comentado en el libro de Carlos Aldunate, S.J., *El Papa y los Carismáticos*, Ed. Paulinas.

Al enviar al mundo, como te he dicho, uno como segundo Pentecostés, quiero que arda, quiero que se limpie, ilumine e incendie y purifique con la luz y el fuego del Espíritu Santo”.

#### IV. *La renovación carismática es una manifestación del amor que Dios nos tiene*

Esta Renovación cristiana, manifestación actual del Pentecostés permanente en la Iglesia de Cristo-Jesús, no es sino una manifestación más del AMOR siempre fiel y siempre eficaz del Padre que mira al hombre como ‘hijo suyo’, y quiere comunicarle de su propia vida.

##### 1. *El Padre*

Para ello le envió a su Hijo Unico Jesús, porque el Padre no puede ver al hombre como ‘hijo’ suyo, sino en Jesús y a través de Jesús. Este misterio de amor generoso, constante y universal resplandece en aquel texto fundamental de la revelación del plan divino: *“De tal manera amó Dios al mundo, que dio al Hijo Unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna”* (Jn. 3,16).

El mismo apóstol glosa esta afirmación en otros textos de su primera Epístola, como resonancias de la misma verdad central: *“Dios es Amor. En esto*

*se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”* (1 Jn. 4,8b-10).

Este amor del Padre por cada uno de nosotros y por todos nosotros que somos “uno” en Jesús, debe ser objeto de nuestra *experiencia personal* y de nuestra entrega sin reservas. Es esta experiencia la que proclama san Juan cuando escribe: *“Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es Amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”* (1 Jn. 4, 16).

## 2. Jesús, el Hijo de Dios

La vida divina tiene su origen en el Padre, viene del Padre de los cielos como de su fuente y manantial, pero no nos la comunica sino a través de Jesús, porque *“el Padre ama al hijo y ha puesto todo en su mano”* (Jn. 3,35). Siendo así, en adelante es el Hijo quien da la vida a quienes quiere, *“porque, como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo”* (Jn. 5,26).

Y Jesús lo proclama con claridad absoluta y en repetidas circunstancias: *“Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí no tendrá nunca sed”* (Jn. 6,35). *“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come de este pan vivirá eternamente. Y el pan que yo daré*

*es mi carne, por la vida del mundo” (Jn. 6,51). “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn. 10,10; Cfr. Jn. 11,25; 14,6; 20,31).*

### 3. *El Espíritu Santo*

Finalmente, la vida eterna que nos comunica el Padre en Jesús, lo hace gracias a la acción fecunda del Espíritu Santo.

Jesús mismo lo reveló desde el principio de su ministerio apostólico, cuando, hablando con Nicodemo, le dijo: *“En verdad, en verdad te digo: Si alguno no nace de agua y Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, carne es; y lo nacido del Espíritu, espíritu es. Es preciso que nazcáis de nuevo. El espíritu donde quiere sopla, y escuchas su voz, pero no sabes de dónde viene y a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu” (Jn. 3,5-8).*

Más aún. La posesión inmediata del Espíritu Santo y los frutos de vida cristiana, sobre todo de caridad, son el signo de que permanecemos en unión con el Padre: *“A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en El y El en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu” (1 Jn. 4,12-13; cfr. 1 Jn. 3,24; Rm. 5,5).*

Y el Espíritu, gracias a cuya acción hemos nacido de lo alto y hemos sido hechos hijos de Dios, continúa actuando constantemente en nuestro interior y

nos hace experimentar la gracia inaudita de nuestra filiación: *“La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios”* (Gá. 4,6-7; cfr. Rm. 8,15).

## REFLEXIONES

1. Yo puedo beneficiarme personalmente de los frutos de esta renovación cristiana al impulso del Espíritu Santo.
2. Yo puedo participar de esta gracia que es como un nuevo Pentecostés: que sea “mi” Pentecostés.
3. Dios Padre me ama a mí con un amor personal y por mí entregó a su Hijo Jesús, con el fin de salvarme.
4. Jesús, el Hijo de Dios, me quiere comunicar “vida eterna” y dárme la en abundancia.
5. El Espíritu Santo, que mora en mí como en su santuario, puede hacerme sentir que soy hijo de Dios.



## II. Segunda instrucción

### PENTECOSTES, BAUTISMO EN EL ESPIRITU SANTO

Si Dios ha hecho sentir que lo que está obrando en la Renovación carismática es como un nuevo Pentecostés, el mejor camino para comprenderla será conocer en qué consistió el primer Pentecostés para pedir luego al Señor Jesús nos conceda *tener la misma experiencia y vivir al impulso del Espíritu*.

#### I. Promesa: “¡Seréis bautizados en el Espíritu Santo!” (Hch. 1,4-5.8)

El punto de partida fundamental para comprender Pentecostés es aquel texto del principio de los Hechos de los Apóstoles: “*Estando una vez comiendo con ellos, les advirtió: ‘No salgáis de Jerusalén. Guardad la promesa del Padre de la que oisteis hablar; porque Juan bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de no muchos días’*” (Hch. 1,4-5).

La recomendación de Jesús es clara. Los Apóstoles no deben apartarse de Jerusalén hasta recibir

la promesa del Padre. Pero, ¿en qué consiste esa promesa del Padre? Jesús explica con toda nitidez su pensamiento: *“Juan bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de no muchos días”*. He aquí el punto culminante de la instrucción de Jesús: los discípulos serán bautizados en el Espíritu Santo.

Estos, no comprendiendo el sentido profundo de la palabra de Jesús, piensan en la posible restauración de la monarquía davídica y le preguntan: *“Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?”*

Jesús no contesta directamente a la pregunta de los Apóstoles. Deja la restauración de Israel entre los secretos de la omnipotencia del Padre y pasa luego a explicar el bautismo en el Espíritu Santo con estas palabras: *“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra”* (Hch. 1,8).

Esta afirmación de Jesús es clave. Manifiesta la finalidad directa de la efusión del Espíritu y, por consiguiente, del bautismo en el Espíritu Santo que están a punto de recibir. Consta de dos elementos principales:

- 1º Los Apóstoles recibirán la fuerza del Espíritu Santo, o por mejor decir, recibirán al Espíritu Santo que es una Fuerza divina, es la Fuerza de Dios.
- 2º Gracias a la fuerza del Espíritu, los Apóstoles podrán ser testigos eficaces de Jesús en todas par-

tes, hasta los confines de la tierra. De esta última expresión brota el empuje misionero del cristianismo y, por tanto, de la Renovación carismática (Cfr. Mt. 28,19-20).

Obedeciendo a la orden recibida, los discípulos permanecieron en Jerusalén. Lucas tiene cuidado de darnos la lista completa de los Apóstoles, y luego agrega: *"Todos estos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres y María la madre de Jesús y sus hermanos"* (Hch. 1,14).

## II. *Cumplimiento: El Bautismo en el Espíritu Santo* (Hch. 2,1-13)

*"Y al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo sitio. Y se produjo de repente, del cielo, un estruendo como de arrastrado viento impetuoso y llenó toda la casa en que moraban. Y se les aparecieron lenguas como de fuego que se dividían. Y se posó sobre cada uno de ellos y fueron llenos de Espíritu Santo. Y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba expresarse"* (Hch. 2,1-4).

Para el autor de los Hechos de los Apóstoles este "acontecimiento" es la realización del anuncio de Jesús. Aquella pequeña comunidad de creyentes, congregados en el mismo sitio y reunidos en un solo

espíritu, habían sido “*bautizados en el Espíritu Santo*”. El Cenáculo era una fuente bautismal.

1º Era el día de Pentecostés, fiesta en que se conmemoraba el nacimiento del Pueblo de Dios, mediante la Alianza pactada entre Dios y el Pueblo en el Sinaí, y la donación de la Ley a través de Moisés.

2. Ahora, en esta misma festividad estaba naciendo el nuevo Pueblo de Dios, en Jerusalén, bajo una nueva Alianza sellada por la sangre de Jesús glorificado por la diestra del Padre, y con la donación de una nueva ley, la Ley del Espíritu.

3. “*De repente*”, esto es, sin previsiones humanas, ni planes prefijados; “*del cielo*”, de allá, de la morada de Dios, donde ahora también se encuentra Jesús:

- a) Vino un ruido de viento huracanado que llenó toda la casa. El viento fuerte es símbolo sensible de la Fuerza del Espíritu de Dios, que lo llena todo (Sab. 1,7).
- b) “*Y se les aparecieron lenguas como de fuego que se dividían*”. Estas lenguas son, a su vez, símbolo sensible del testimonio —como de fuego— que el Espíritu Santo hará brotar de labios de los Apóstoles.

4. El Espíritu se posó sobre cada uno de ellos y fueron llenos del Espíritu Santo. Así como, en el Jordán, el Espíritu Santo había descendido como paloma sobre Jesús, lo había llenado y había tomado

posesion de El para que inaugurara como Mesías ungido los tiempos mesiánicos; así ahora, el mismo Espíritu se posa sobre los discípulos de Jesús y los unge, transformándolos en continuadores eficaces de la obra mesiánica. Los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, son Jesús-Mesías que se continúa sobre la tierra.

5. Y comenzaron a proclamar las grandezas de Dios en otras lenguas, según les daba el Espíritu. Leer Hechos 2,5-13. Poseídos por el Espíritu, los Apóstoles se convierten al instante en testigos de las grandezas de Dios. El don de idiomas es signo sensible del universalismo a que está destinada la proclamación del Evangelio. Las fronteras quedan eliminadas, las razas no cuentan más, las culturas son superadas. Un mismo Espíritu, el Espíritu Santo, será el alma de la predicación que debe llenar la faz de la tierra.

### III. *Interpretación de Pentecostés (Hch. 2,14-21)*

Pentecostés fue el cumplimiento de la palabra de Jesús, pero al mismo tiempo fue la realización en plenitud de los vaticinios de Dios a través de los Profetas.

Es lo que Pedro, con los Once, proclaman abiertamente ante la multitud cosmopolita, llena de estu-por por el fragor del viento, pero sobre todo por oír

a los Apóstoles hablar en diferentes lenguas las grandezas de Dios.

*“Varones judíos y todos los habitantes de Jerusalén; os quede esto bien claro y escuchad mis palabras. Estos no están borrachos, como vosotros suponéis; lo que ocurre es lo anunciado a través del profeta Joel:*

*‘Y sucederá en los últimos días, dice Dios:  
Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne.  
Y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas.  
Y vuestros jóvenes verán visiones.  
Y vuestros ancianos soñarán sueños.  
Y sobre mis siervos y sobre mis siervas  
—en aquellos días—  
derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.  
Y haré prodigios en el cielo, arriba;  
y signos sobre la tierra, abajo;  
sangre y fuego y nubes de humo.  
El sol se convertirá en tiniebla  
y la luna en sangre,  
antes de que llegue el Día grande del Señor.  
Y sucederá que todo el que invoque  
el Nombre del Señor será salvo’”.*

(Hch. 2,17-21. Cfr. Joel 3,1-5).

1. Lo que está sucediendo es lo anunciado por Dios a través del profeta Joel para los últimos tiempos, los tiempos escatológicos, los tiempos mesiánicos.

2. Dios está derramando de su Espíritu sobre toda carne, esto es, sobre la humanidad entera, re-

presentada en aquellos hombres de numerosas naciones, sin diferencia de sexos, de edades y de situaciones sociales.

3. La presencia invisible del Espíritu se manifiesta en sus carismas: profecías, visiones, sueños, prodigios, signos.

4. Hoy es el día grande del Señor.

5. Y se anuncia la salvación en favor de la humanidad entera. Sólo un requisito: "*Invocar el Nombre del Señor Jesús*", pero con todo el compromiso que lleva consigo. Invocar el Nombre del Señor es conocer y aceptar a Jesús, es entregarse a El, es vivir de acuerdo a sus exigencias.

## REFLEXIONES

1. Pentecostés no sólo fue un hecho histórico, sino que es una realidad constante, es el permanente Día grande del Señor.
2. La Promesa del Padre, el Espíritu Santo, es *también para mí*.
3. Puedo ser "bautizado en el Espíritu Santo".
4. Puedo recibir al Espíritu Santo como Fuerza divina y como fuego para dar testimonio de Jesús, en el lugar y las circunstancias concretas de mi vida.

5. Puedo ser transformado en un instante, como lo fueron los discípulos de Jesús en Pentecostés.
6. El Espíritu Santo, derramado en mí, puede comunicarme sus carismas, que serán manifestaciones sensibles de su presencia y de su acción en mí y a través de mí.
7. Invocaré el Nombre del Señor Jesús, porque quiero ser salvo.

### III. Tercera instrucción

## EL PRIMER TESTIMONIO SOBRE JESUS AL IMPULSO DEL ESPIRITU SANTO

#### I. *Al impulso del Espíritu*

Jesús había anunciado a sus discípulos que serían bautizados en el Espíritu Santo y que recibirían la Fuerza de lo Alto para poder ser testigos suyos hasta los confines de la tierra. Pues bien. Jesús había cumplido su palabra. Los había bautizado en su Espíritu. La Fuerza de Dios había descendido sobre ellos, había tomado posesión de ellos, los había llenado con su plenitud. Ahora podían ya dar testimonio de Jesús. Y así fue.

El testimonio que, al impulso del Espíritu Santo, Pedro y los Once dan de Jesús es de máxima importancia, pues contiene los elementos básicos de la "Buena Nueva" sobre Jesús. No es propiamente sólo un discurso, sino que es una "*proclamación*" = un "*kerigma*", un "*evangelio*" = una "*buena nueva*" = un "*anuncio feliz*".

Siendo así, el 'evangelizador' al dar esta instrucción, no debe contentarse con referir lo que dijeron los Apóstoles, sino *debe él mismo proclamar con ellos ese kerigma fundamental de la fe cristiana*. Para eso, el 'proclamador' debe dejarse mover del

Espíritu para que El haga brotar de su corazón y de sus labios ese mismo testimonio sobre Jesús, pero lleno de unción y como Palabra misma de Dios que sea operante en los que escuchan (1 Ts. 2,13).

## II. *El testimonio sobre Jesús* (Hch. 2,22-36)

Cuatro son los puntos fundamentales de este kerygma evangélico.

### 1º *Jesús profeta* (v. 22)

El testimonio comienza dando a Jesús el título de “Jesús de Nazaret”, subrayando con ello su condición de hombre, manifestándolo como hermano nuestro, que vivió entre nosotros y como nosotros, con todas nuestras limitaciones, excepto el pecado (Jn. 8,46; Hb. 4,15).

Este Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios mediante milagros, signos y prodigios; Dios fue quien obró, a través de él, esas maravillas en favor de los hombres. Jesús fue un enviado de Dios, un profeta carismático, a quien Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder, para instaurar el Reino de los cielos (Cfr. Lc. 3,22; 4,1.14.18-21; 11,20; Hch. 10,38).

## 2º Muerto en la cruz (v. 23)

Ese Jesús fue entregado a la muerte de cruz. Los judíos fueron los responsables de su muerte, si bien ésta se llevó a cabo por manos de los impíos. En el "*vosotros le matasteis*" que emplea Pedro, dado que los oyentes no fueron los responsables directos de la crucifixión de Jesús, podemos ver a los hombres de todos los tiempos, y por tanto podemos considerarnos también nosotros incluidos en ellos. Pero en último análisis, Jesús murió en la cruz, debido a "*un determinado designio y previo conocimiento de Dios*", el cual quiso que su Hijo muriera para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados (Cfr. Jn. 3,16; Hch. 5,31).

## 3º Resucitado por Dios (vv. 24-32)

A este Jesús, descendiente de David, Dios le resucitó, librándolo de la muerte. Este misterio de resurrección fue predicho por el mismo rey Profeta cuando escribió del Ungido futuro: "*No permitirás que tu santo experimente la corrupción*" (Salmo 16,10). Y agrega Pedro: "*De esto todos nosotros somos testigos*". En efecto, los discípulos de Jesús habían tenido experiencia del Maestro resucitado; durante cuarenta días se les había aparecido y les había hablado de lo referente al Reino de Dios (Cfr. Hch. 1,3). Los Apóstoles son testigos calificados de Jesús resucitado. Ellos transmiten lo que vieron y oyeron.

4º *Glorificado y lleno del Espíritu Santo para derramarlo* (vv. 33-35)

Finalmente, una vez resucitado, Jesús fue exaltado por el poder soberano de Dios. Y Pedro enfatiza:

“Y, exaltado por la diestra de Dios  
y habiendo recibido del Padre  
la promesa del Espíritu Santo,  
ha derramado esto que vosotros veis y oís”.

Esta es la cumbre del mensaje. Aquí está la sustancia del misterio de Pentecostés. Como regalo supremo de su glorificación, Jesús recibió del Padre —según su promesa— el Don del Espíritu Santo; y Jesús glorificado lo derramaba a su vez para que la Iglesia se abriera a la vida, para que naciera el nuevo Pueblo de Dios, para que se cumplieran los antiguos vaticinios y quedara sellada para siempre y en toda su plenitud la nueva Alianza escrita en los corazones (Cfr. Jr. 31,31-33; Ez. 36,27).

Pedro cita a este propósito una palabra profética de David, donde precedía esta exaltación. “*Dijo el Señor a mi Señor: ‘Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies’*” (Salmo 110,1).

Con esto, Jesús-Mesías alcanzaba el punto culminante de su misión y se realizaba en él, en toda plenitud, el plan que, desde toda la eternidad, el Padre había concebido sobre su Hijo al enviarlo a la tierra (Hch. 2,36).

### III. *Jesús: Salvador, Mesías (Cristo), Señor*

En tres palabras está sintetizado el misterio de Jesús, que será el objeto de la fe para todo creyente, y que el 'misionero evangelizador' debe hacer penetrar en el corazón de sus oyentes.

Jesús resucitado y glorificado es:

1º "JESUS" = "*Yahvéh salva*"

Esto es, Jesús es la Salvación de Dios anunciada por los Profetas: Is. 45,8; 51,5; 56,1. Jesús es "el Salvador", es "nuestro Salvador", es "*mi Salvador*", es "el Salvador del mundo" que viene a librarlo de los pecados (Mt. 1,21; Lc. 2,11; Jn. 4,42).

2º "MESIAS = CRISTO"

Jesús es el Mesías, el Cristo, el Ungido del Espíritu (Is. 11,1; 42,1; 61,1). Jesús siempre fue el Mesías, siempre lleno del Espíritu, desde el momento de su concepción virginal. Pero, con esta donación de Espíritu Santo a su naturaleza humana glorificada, el Padre constituía a Jesús como "Mesías-Cristo" en toda su plenitud. Lleno y rebosante de Espíritu, Jesús puede y quiere dar Espíritu Santo, derramar Espíritu Santo, bautizar en el Espíritu Santo. Jesús es "el Mesías-Cristo", es "nuestro Mesías-Cristo", es "*mi Mesías-Cristo*".

3º "SEÑOR"

Dios ha hecho a Jesús "SEÑOR", esto es, lo ha constituido su Heredero regio y le ha comunicado

'todo su poder en cielos y tierra' (Mt. 28,18). Jesús es el Señor de toda la humanidad y del universo entero, ya que todo es de Dios. Jesús es "mi Señor". Más aún, el título de "Señor", dado únicamente a Dios en el Antiguo Testamento (Is. 45,23), al ser ahora aplicado a Jesús, afirma que él se encuentra por encima de todos los seres creados y proclama muy alto su carácter divino, Jesús es el HIJO DE DIOS, es DIOS (Cfr. 1 Co. 12,3; 2 Co. 4,5; Flp. 2,11; Rm. 9,5; 10,9; Col. 2,6; Jn. 20,28).

## REFLEXIONES

1. Como cristiano que soy, tengo que ser testigo de Jesús en cualquier parte donde me encuentre, y debo proclamar su "Evangelio" con la Fuerza del Espíritu Santo.
2. Tengo que dar testimonio de que Jesús, mi hermano:
  - Fue un Profeta lleno de poder, enviado por el Padre.
  - Por voluntad divina, murió en la cruz en favor de la humanidad.
  - Fue resucitado por la diestra de Dios y, por lo tanto, "vive".
  - Fue glorificado por el Padre y recibió el Don del Espíritu Santo para derramarlo sobre el mundo entero.
3. Debo proclamar "mi fe" en Jesús, debo predicar que Jesús, el Hijo de Dios:
  - es "mi Salvador" y me libera del pecado;
  - es "mi Mesías, mi Cristo" y me da Espíritu Santo;
  - es "mi Señor" y a El debo mi adoración, mi servicio y mi donación total. El es el centro de mi vida y de mi existencia.

#### IV. Cuarta instrucción

### ¿QUE HACER PARA PARTICIPAR DEL DON DEL ESPIRITU SANTO?

Cuando Pedro terminó su proclamación sobre Jesús "Salvador, Mesías y Señor", muerto en la cruz por un designio de la sabiduría divina, pero resucitado y exaltado por la diestra del Padre y que estaba derramando el Espíritu Santo, los oyentes, con el corazón traspasado, preguntaron a Pedro y a sus compañeros: "*¿Qué hemos de hacer, hermanos?*"

A lo que Pedro respondió:

"Convertíos, que cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesús Mesías para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el Don del Espíritu Santo, pues la Promesa es para vosotros y para vuestros hijos y para todos los que están lejos, a quienes llame el Señor nuestro Dios" (Hch. 2,38-39).

Son dos las condiciones o pasos previos para beneficiarse de la salvación que trae Jesús y recibir el Don del Espíritu Santo, la Promesa del Padre: la conversión y el bautismo en el nombre de Jesús Mesías.

## I. *La Conversión*

1. “*¡Convertíos!*” Esta había sido la invitación apremiante de Juan Bautista cuando apareció en el desierto de Judea (Mt. 3,1-2); y éste había sido también el grito inaugural de Jesús al emprender su carrera mesiánica:

“¡El tiempo ha llegado a su plenitud  
y el reino de Dios está presente.  
Convertíos y creed en el Evangelio!” (Mc. 1,15).

La “*conversión*” es uno de los temas capitales del plan salvífico de Dios revelado en las Sagradas Escrituras: Os. 5,15; 14,2-4; Jr. 3,22; 25,3-5; 31,16-19; Lm. 5,21; Ez. 18,21-23; Mt. 3,2; 4,17; 11,20-21; 12,41; Mc. 1,15; 6,12; Lc. 1,77; 3,8; 5,32; 24,47; Hch. 2,38; 3,19.26; 5,31; 20,21; 26,20.

2. “*Conversión*” en griego se dice ‘*metánoia*’ e implica un cambio de mentalidad. Sin embargo, la expresión bíblica “*convertirse*” y el sustantivo correspondiente “*conversión*” designan más bien un ‘cambio radical de dirección’, un ‘cambio profundo de sentimientos’ que incluye dos aspectos:

- uno negativo: abandonar definitivamente y de corazón una realidad indebida, las malas obras, el pecado (de allí el “arrepentimiento” y la “penitencia”);
- y otro positivo: volverse incondicionalmente al Dios de la Alianza y comenzar a vivir una

vida nueva: *“Convertíos y apartaos de todos vuestros crímenes; no haya para vosotros más ocasión de mal . . . , y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo . . . Convertíos y vivid”* (Cfr. Ez. 18,30-32).

San Pablo, en su discurso ante el rey Agripa, describe elocuentemente los dos movimientos de la conversión: *“Yo te libraré de tu pueblo y de los gentiles a los cuales yo te envío para que les abras los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, y para que reciban el perdón de los pecados y una parte en la herencia entre los santificados, mediante la fe en mí”* (Hch. 26,17-18).

Y el mismo Apóstol ve realizados los dos elementos de esa conversión en los cristianos de Tesalónica: *“Ellos mismos cuentan . . . cómo os convertisteis a Dios, tras haber abandonado los ídolos, para servir a Dios vivo y verdadero, y esperar así a su Hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos y que nos salva de la cólera venidera”* (1 Ts. 1,9-10).

3. La *“conversión”* en su doble aspecto, exige el trabajo personal del hombre, pero ante todo es una gracia que sólo puede venir de Dios.

Jeremías, el profeta interior, tuvo una intuición cuando escribió: *“Oigo a Efraím lamentarse: Tú me has castigado y yo recibí la represión como novillo indómito. Conviérteme y yo me convertiré, pues,*

tú, Yahvéh, eres mi Dios. Porque, después de desviarme, me he arrepentido, y después que entré en mí, me golpeo el pecho” (Jr. 17,14). Y el mismo profeta afirma con vigor: “Sáname, oh Yahvéh, y seré sanado; sálvame, y seré salvado, pues tú eres mi gloria” (Jr. 17,14). Y las Lamentaciones, escritas durante el Destierro de Babilonia, lanzan esta plegaria comunitaria: “¡Conviértenos a ti, oh Yahvéh, y nos convertiremos...!” (Lm. 5,21; Cfr. Sal. 80,4).

4. La “conversión”, gracia de Dios, es posible porque tiene su origen en Dios mismo que es todo amor compasivo y misericordioso: “Convertíos a Yahvéh, vuestro Dios, —escribe Joel— porque él es clemente y compasivo, tardo a la cólera, rico en amor” (Joel 2,13).

5. “El perdón de los pecados es efecto de la conversión a Dios. Esto es, a la conversión sigue el perdón de los pecados. Juan Bautista proclamaba un bautismo de conversión para perdón de los pecados (Lc. 3,3). Jesús resucitado ordena a sus discípulos “predicar en su nombre la conversión para perdón de los pecados” (Lc. 24,47). Y Pedro, predicando en Jerusalén, exhorta al pueblo que lo escucha, diciéndole: “Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados” (Hch. 3,9).

Ya el profeta Isaías lo anunciaba: “Venid, dice el Señor. Aunque vuestros pecados sean como púrpura, blanquearán como nieve; aunque sean rojos como escarlata, quedarán como lana” (1,18).

Pero ese “perdón de los pecados” está vinculado, por voluntad de Dios, a la obra mesiánica realizada

por Jesús: *“A éste le ha exaltado Dios con su diestra como Jefe y Salvador, para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados”* (Hch. 5,31).

## II. *Bautismo en el nombre de Jesús Mesías*

Obedeciendo a un mandato del Señor, los Apóstoles, desde un principio, comenzaron a administrar el “bautismo en agua” como rito de iniciación en el reino mesiánico (Hch. 2,41; 8,12,38; 9,18; 10,48; 16, 15,33; 18,8; 19,5).

Jesús había dicho a sus discípulos: *“Id y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”* (Mt. 28,19). El bautismo une a la persona de Jesús Salvador, cuya obra de salvación procede del amor del Padre y se consuma en la efusión del Espíritu Santo.

Este bautismo, sin embargo, se confería en los primeros tiempos en el Nombre de Jesús (Hch. 2,38), significando con ello, no sólo querer ser discípulo suyo, sino entregarse a Cristo e incorporarse a él en su misterio de muerte y de resurrección gloriosa (Rm. 6,3-11; Col. 2,12; Ef. 2,4-10).

1. Para recibir este bautismo se requiere “*creer*”, es preciso “*tener fe*”. La “*fe*” es un acto por el cual yo me entrego a Dios, verdad y bondad, como a la única fuente de salvación (Rm. 1,16), y a Cristo Jesús como a mi Salvador, mi Mesías y mi Señor.

- “Mi Salvador: él me ha conquistado la salvación y me la ofrece personalmente a mí.*
- “Mi Mesías - mi Cristo - mi Ungido por el Espíritu: él está lleno del Espíritu y desea derramar sobre mí el Don prometido por el Padre.*
- “Mi Señor y mi Dios: él es mi Dueño de quien debo hacer el centro de mi vida; a él debo entregar todo mi ser y ofrecerle todo mi servicio; a él rindo adoración y sumisión total.*

San Pablo insiste a cada paso en esa adhesión a Cristo por la fe, la cual debe brotar del fondo del corazón: *“Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo”* (Rm. 10,9). *“Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”* (Gá. 2,20; cfr. Rm. 3,21-26).

2. En esta situación, la fe es indispensable para ser salvo: *“Tened, pues, entendido hermanos, —dice Pablo—, que por medio de Jesús os es anunciado el perdón de los pecados; y la total justificación que no pudisteis obtener por la Ley de Moisés, la obtiene todo el que cree”* (Hch. 13,38-39; cfr. Hch. 10,43).

3. *“Creer”, “tener fe”, es un don gratuito de Dios que no se conquista con obras. San Pablo urge esta liberalidad de Dios cuando escribe a los efesios: “Habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se glorie”* (Ef. 2,8-9). Y a los tesalonicenses les dice claramente: *“La fe no es de todos”* (2 Ts. 3,2; cfr. Hch. 15,9.11).

4. La “conversión” y la “fe” van siempre de la mano, una acompaña a la otra, son inseparables. Jesús proclamaba la Buena Nueva de Dios diciendo: “¡... el Reino de Dios está presente. Convertíos y creed en el Evangelio!” (Mc. 1,15). En Antioquía, escribe san Lucas, “la mano del Señor estaba con ellos y un crecido número recibió la fe y se convirtió al Señor” (Hch. 11,21). San Pablo “daba testimonio tanto a judíos como a griegos para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús” (Hch. 20,21; cfr. 26,18). No puede, pues, haber conversión verdadera que no sea seguida de una entrega de fe, como no puede haber aceptación de Dios y de su Hijo Jesús mediante la fe a la que no siga una conversión sincera.

5. La “fe” verdadera es activa y operante, esto es, se traduce y se manifiesta en obras: “La fe actúa por la caridad” (Gá. 5,6). Esta es doctrina clara del Evangelio (Mt. 3,8; Lc. 3,8) y de los Apóstoles. San Pablo predicaba a los gentiles “que se convirtieran y que se volvieran a Dios haciendo obras dignas de conversión” (Hch. 26,20). Y se sabe muy bien el énfasis con que Santiago enseñó que una fe sin obras es una “fe muerta” (Cfr. Sant. 2,14-26).

## REFLEXIONES

1. El tiempo ha llegado para mí. El Reino de Dios está a mis puertas, ¿qué debo hacer?  
¡Convertirme y creer en el Evangelio!
2. La "conversión" es un cambio radical en mi vida. Tengo que abandonar definitivamente el pecado y volverme al Señor para vivir una vida nueva.
3. Mi "conversión" es una gracia que solamente me puede venir de Dios, el cual es todo amor, misericordia y perdón.
4. Si me convierto a Dios (porque El me convierte), El perdonará mis pecados gracias a la sangre que Jesús derramó por mí.
5. Por eso, debo "*creer en Jesús, el Hijo de Dios*", "*entregarme a El*" como a "*mi Salvador*", "*mi Cristo*", "*mi Señor*" y "*mi Dios*".
6. La "fe" es un don gratuito que Dios me da. No puedo conquistarla a base de esfuerzos personales.
7. Mi "fe" no debe ser muerta, sino activa y operante, de manera de traducirla en obras.

## V. Quinta instrucción

### BAUTISMO EN EL ESPIRITU SANTO, RENOVACION DE NUESTRO BAUTISMO MESIANICO

Uno de los elementos más significativos en la Renovación carismática y, por decirlo así, como el punto de partida es la oración de "*Bautismo en el Espíritu Santo*". Es decir, cuando uno o varios hermanos, reunidos en el nombre del Señor, piden a Jesús que bautice en su Espíritu a la persona por quien se ora y a quien se imponen las manos en signo de unión espiritual, de solidaridad fraterna, de amor en Cristo.

Pero, ¿qué puede significar la expresión "*ser bautizado en el Espíritu Santo*" cuando se trata de personas que han recibido ya desde su infancia o juventud el bautismo y la confirmación? Sabemos, en efecto, que hay "*un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos*" (Ef. 4,5-6).

Pues bien, las siguientes reflexiones ayudarán a comprender en qué consiste ese "*ser bautizado en el Espíritu Santo*".

## I. *La Antigua Alianza*

### 1. *Juan Bautista, el hombre más grande de la Antigua Alianza.*

En el Evangelio de san Mateo leemos una solemne afirmación de Jesús: *“En verdad os digo: entre los nacidos de mujer no ha surgido uno mayor que Juan el Bautista...”* (Mt. 11,11). En realidad, con la misión de Juan Bautista la economía de gracia de la primera Alianza llegó a su última cumbre.

Juan vino a clausurar la preparación para los tiempos mesiánicos, según lo había predicho Dios en las Escrituras. Juan es el Elías de los vaticinios de Malaquías 3,23; él es el último eslabón de la cadena de personajes enviados por Dios, Jesús lo afirmó cuando dijo: *“Todos los profetas, lo mismo que la Ley, hasta Juan profetizaron”* (Mt. 11,13).

### 2. *La misión de Juan Bautista: “Yo bautizo en agua para conversión”.*

Si tomamos conciencia de que Juan fue el último enviado por Dios para preparar los caminos del Señor (Mc. 1,2-3); más aún, para presentar al mundo al Mesías en persona, podemos de allí concluir que su misión fue como la última en la serie de gracias preparatorias de los tiempos mesiánicos. El mismo la sintetiza en una fórmula: *“Yo os bautizo en agua para conversión”* (Mt. 3,11).

Y Juan bautizaba “en agua”. Sin embargo, en esa acción exterior se encerraba una realidad, y ésta era lo más importante. La gente iba a Juan, *“eran bautizados por él en el río Jordán, y confesaban sus pecados”* (Mt. 3,6).

## II. *Los tiempos mesiánicos*

1º *“El os bautizará en el Espíritu Santo”* (Mc. 1,8)

Después de precisar su propia misión, Juan Bautista pasa inmediatamente a definir la misión del Mesías: *“El os bautizará en el Espíritu Santo”* (Mc. 1,8). En esta frase queda sintetizada, por oposición a la antigua, la economía de la gracia de la Nueva Alianza, de la obra salvífica del Mesías.

Si la gracia de la economía primera consistía en síntesis en “ser bautizado en agua”, la gracia de los tiempos nuevos consiste en “ser bautizado en el Espíritu Santo”. En efecto, la efusión del Espíritu aparece en las Escrituras como el don característico de los tiempos mesiánicos (Cfr. Ez 36,26-27; Is. 32, 15; 44,3; Jl. 3,1-5). Y será el Mesías sobre quien reposa el Espíritu del Señor en toda su plenitud, el único que pueda dar, derramar, bautizar en el Espíritu Santo (Cfr. Is. 11,1-2; 42,1; 61,1).

### 2. *El Mesías es Jesús*

De él dijo el Bautista: *“He visto al Espíritu descender como paloma, del cielo, y posarse sobre él. Y yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar en agua, ése me dijo: ‘Sobre quien vieres al Espíritu descender y posarse sobre él, ése es el que bautiza en Espíritu Santo’”* (Jn. 1,32-33).

Pero Jesús sólo pudo impartir ese bautismo en el Espíritu después de haber subido a su Padre y haber sido plenamente investido en su cuerpo glorificado del poder divino de dar la vida. Entonces brotó de

él, como de una fuente inagotable, el Espíritu derramándose sobre el mundo (Cfr. Jn. 7,39; 16,7-8; Hch. 1,5; 2,33).

Así pues, por este bautismo en el Espíritu, el creyente entra en posesión de los bienes mesiánicos y participa de la era de salvación inaugurada por Jesús muerto y glorificado. En una palabra, "*ser bautizado en el Espíritu Santo*" es una fórmula que sintetiza y define la obra mesiánica de Jesús.

En su carta a Tito, san Pablo describe, de manera concisa y admirable, la obra salvadora de Jesús Mesías: "*Más cuando se manifestó la bondad de nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesu-Cristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos en esperanza, de vida eterna*" (3, 4-7)

### III. *La iniciación cristiana: "Bautismo-confirmación-eucaristía"*.

1. De máxima importancia es constatar cómo los documentos conciliares y post-conciliares enseñan en diferentes ocasiones que la Iniciación Cristiana

se realiza mediante un proceso y comprende los sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía. Estos tres sacramentos forman una unidad.

En el Decreto "Presbyterorum ordinis", del Concilio Vaticano II, se lee: "Los fieles, sellados ya por el sagrado bautismo y la confirmación, se insertan plenamente en el Cuerpo de Cristo por la recepción de la Eucaristía" (n. 5). La Constitución Apostólica "Divinae consortium naturae" afirma: "Finalmente, la Confirmación de tal manera se relaciona con la Sagrada Eucaristía que los fieles, ya sellados con el sagrado Bautismo y con la Confirmación, se unen plenamente al Cuerpo de Cristo por la participación de la Eucaristía".

La reciente "Initiatio christiana adultorum" del 6-I-1972 resume: "Estos sacramentos, a saber, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, son el último grado por el que los elegidos, una vez perdonados sus pecados, se agregan al Pueblo de Dios, reciben la adopción de los hijos de Dios, son llevados por el Espíritu Santo a la prometida plenitud de los tiempos, más aún, por el sacrificio y el banquete eucarístico son conducidos a degustar el Reino de Dios".

2. En esta perspectiva, se puede fácilmente comprender que el creyente va adquiriendo su "ser cristiano en plenitud" a través de un proceso, hasta llegar el momento de participar plenamente de los bienes mesiánicos, esto es, de la salvación traída al mundo por Cristo Jesús.

3. Ahora bien, trasladando a terminología bíblica esta realidad profunda del "ser cristiano", podemos decir que, con el Bautismo y la Confirmación, el creyente recibe el bautismo mesiánico, queda "bautizado en el Espíritu Santo", y, después, por la participación en el sacrificio y banquete eucarístico "se unirá plenamente al Cuerpo de Cristo", pudiendo así "pregustar el Reino de Dios".

#### IV. *Renovación del Bautismo en el Espíritu Santo*

1. La mayoría de los cristianos fuimos bautizados y tal vez confirmados en la niñez cuando todavía no adquiríamos el uso de la razón, y recibimos por vez primera la Eucaristía cuando éramos todavía muy pequeños.

En tales circunstancias, el "renuncio" y el "creo" de nuestro bautismo, y la aceptación del Don de Dios de nuestra confirmación fueron a través de nuestros padres y padrinos; y nuestros "compromisos" cristianos fueron tomados por ellos en lugar nuestro. Por consiguiente, mi "sí" al Padre, a Jesús y al Espíritu Santo, puede ser renovado ahora que gozo de plena conciencia y de libertad personal. Puede brotar nuevamente de lo más hondo de mi corazón un "sí" consciente y comprometido a mi bautismo mesiánico, a mi bautismo en el Espíritu. Esto es, que renueve en mí "el bautismo en el Espíritu Santo" con el que él me bautizó al hacerme partícipe de su

gracia salvífica a través de los sacramentos de mi iniciación cristiana.

2. A esta renovación del bautismo en el Espíritu Santo que Jesús hace en nosotros, —pues es él quien bautiza en el Espíritu: Jn. 1,33— es lo que en la Renovación carismática se viene llamando “*bautismo en el Espíritu Santo*” o “*ser bautizado en el Espíritu*”.

Quien recibe esta gracia de renovación se mantiene en una doble actitud. *Actitud activa*, porque conscientemente desea y pide ser renovado en su bautismo mesiánico y voluntariamente dice a Cristo Jesús un “sí” personal y comprometido. *Actitud pasiva*, porque “es bautizado en el Espíritu Santo”, porque es Jesús quien derrama en él el Don prometido por el Padre, porque él repite, como la Virgen María en la encarnación, “*hágase en mí según tu palabra*” (Lc. 1,38).

3. La renovación del bautismo en el Espíritu Santo es, por lo tanto, una renovación profunda que Jesús hace de nuestro “ser cristiano”, en todas sus dimensiones y con todas sus consecuencias.

Renovación que es también aumento de gracia y de caridad y, por lo mismo, aumento de presencia del Espíritu Santo en el corazón del creyente. Somos más y más “poseídos del Espíritu de Cristo”.

Este bautismo en el Espíritu Santo es en nosotros como la renovación de nuestro Pentecostés personal. A este propósito podemos citar unas palabras inspiradas de S.S. Pablo VI: “*Es Espíritu Santo, es decir, Dios-Amor vive en el alma,*

- e inmediatamente el alma se siente invadida por una imprevista necesidad de abandonarse al Amor, a un Super-Amor;
- y al mismo tiempo se siente como sorprendida por una insólita valentía, la valentía propia de quien es feliz y está seguro, la valentía de hablar, de cantar, de proclamar a los demás, a todos, 'las grandezas de Dios' (Hch. 2,11)" (Pablo VI, 18 de mayo de 1975) (1).

## REFLEXIONES

1. De Jesús Mesías glorificado brota constantemente, como de una fuente inagotable, el Don del Espíritu Santo.
2. Por mi bautismo y confirmación, recibí mi bautismo mesiánico, fui bautizado por Jesús en el Espíritu Santo; Jesús Mesías derramó en mi corazón el Don de su Espíritu.
3. Pero esos sacramentos los recibí cuando yo era muy pequeño. Mi compromiso cristiano fue a través de mis padres y padrinos. Hoy quiero que mi "sí" a Cristo Jesús sea muy consciente y personal, muy mío.
4. Deseo estar disponible a experimentar los efectos prodigiosos de la presencia del Espíritu Santo en mí, y que El me mueva y me dé la audacia y valentía para proclamar 'las grandezas de Dios'.

---

(1) Para una descripción más amplia ver el libro de C. Aldunate y R. Valenzuela, *La Experiencia Carismática*, Ed. Paulinas.

## VI. Sexta Instrucción

### CREACION DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

#### I. *La Iglesia, creación admirable del Espíritu*

Así como Jesús fue concebido por obra del poder de Dios, por la Fuerza del Espíritu Santo; así también la Comunidad cristiana, la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, no podía nacer sino en virtud de la acción soberana del Espíritu Santo.

Así pues, el día de Pentecostés, al sople divino de Cristo glorificado, que es el Espíritu Santo, nació la Iglesia en toda su plenitud. La Iglesia es, en una palabra, "creación admirable" del Espíritu.

Por consiguiente, una auténtica comunidad cristiana, una "iglesia", sólo puede surgir cuando el Espíritu Santo entra en acción y le comunica vida, vida eterna, porque "lo que el alma es en el cuerpo del hombre, eso es el Espíritu para el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia".

En consecuencia, una comunidad cristiana verdaderamente tal no es, no puede ser fruto únicamente de esfuerzos y técnicas humanas, sino que debe ser engendrada por el Espíritu que da la vida. En esta perspectiva, glosando el sentido del texto evangélico, podemos decir de una comunidad cristiana

lo que Jesús afirmaba de la persona individual: “Si alguno no fuere engendrado de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo engendrado de la carne, carne es, y lo engendrado del Espíritu, espíritu es” (Jn. 3,5-6).

## II. *La Primera comunidad cristiana*

Y ¿cómo fue esa “primera comunidad cristiana” animada al soplo vivificante del Espíritu? ¿Cuáles fueron sus notas características? Los capítulos 2, 42-5,42 de los Hechos de los Apóstoles nos brindan, en impresionante panorama, el cuadro sencillo a la vez que espléndido de la iglesia primitiva. Esa iglesia fue una:

### 1. *Comunidad de fe* (Hch. 2,44; 4,4.32; 5,14)

La comunidad cristiana primitiva fue ante todo una “comunidad de fe”, una iglesia de creyentes 2, 44; 4,32; 5,14). Sus miembros comenzaron a reunirse y a vivir unidos porque un vínculo común los congregaba: la fe en el Señor Jesús. Por una gracia interna de Dios, gracia de iluminación para el entendimiento y de moción para la voluntad, muchos, al escuchar la Palabra proclamada por los Apóstoles, “creían” (4,4).

### 2. *Comunidad de amor* (Hch. 2,42.44; 4,32a)

El Señor Jesús lo había dicho: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tenéis amor unos a otros” (Jn. 13,35). No podía entonces ser de

otra manera. Esta realidad aparece descrita en fórmulas densas, plenas de significación: *“Acudían asiduamente a la ‘comunión’...”* (2,42). *“Todos los creyentes vivían unidos...”* (2,44). *“La multitud de los creyentes tenían un corazón y una sola alma”* (4,32a).

El amor es el primer don que comunica el Espíritu Santo al poseer a un creyente (Rm. 5,5); y la caridad es el carisma por excelencia: *“Si no tengo amor, nada soy... El amor no acaba jamás... Por ahora permanecen la fe, la esperanza, la caridad: estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad”* (1 Co. 13,1.8.13).

La *“comunión”* es el fruto de la unión íntima de alma y corazón entre hermanos. Esta *“comunión”* fraterna tiene su origen en la unión que existe entre Dios y cada uno de los creyentes. Dios es luz, justicia y amor (1 Jn. 1,5; 2,29; 4,8.16). Y el que vive unido a Dios participa necesariamente de su luz, de su justicia y de su amor, y guarda los mandamientos de Jesús, particularmente el de la caridad: *“Quien ama a su hermano permanece en la luz...”* (1 Jn. 2,10). *“Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor”* (1 Jn. 4,8).

Sobre los frutos del amor, véanse los siguientes textos: Rm. 12,9-21; Flp. 2,1-4. Sobre las manifestaciones del amor, que son las virtudes en acto, véase 1 Co. 13,4-7.

### 3. Comunidad de oración (Hch. 2,42.46; 3,1; 4,31; 5,12b)

En una comunidad nacida al soplo del Espíritu Santo surge de inmediato la necesidad de orar, de

buscar a Dios, de ir al encuentro del Señor. La oración se torna exigencia del corazón. El alma, llena de la gracia de lo alto, prorrumpe en alabanza, glorificación y acción de gracias al Señor.

Así, los primeros creyentes *“acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu”* (Hch. 2,46); y solían reunirse en el pórtico de Salomón (Hch. 5,12b). El Templo era el sitio elegido por Dios para fijar allí su morada: *“Mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos a la oración que se haga en este lugar, pues ahora he escogido y santificado esta Casa para que en ella permanezca mi Nombre para siempre. Allí estarán mis ojos y mi corazón todos los días”* (2 Cr. 7,15-16). Jesús mismo en ese lugar había sido ofrecido al Padre por su madre la Virgen María y por José (Lc. 2,22-28; en su niñez había ido en peregrinación a ese santuario venerado (Lc. 2,41-50); y en sus atrios sagrados había proclamado en numerosas ocasiones su mensaje de salvación universal (Mt. 21-13; Jn. 2,13-22; 5,14; 7,14.37; 8,20; 10,23; 12,20).

Pero, además de la oración en el Santuario oficial, los cristianos se reunían con asiduidad en las casas para orar, alabar a Dios y partir el pan (2, 42.46).

#### 4. *Comunidad de alabanza* (Hch. 2,47; 3,8-9; 4,21)

En estas asambleas de oración *“la alabanza”* ocupaba un lugar primordial. Y era natural, pues se trataba de alabar y glorificar a Dios por la obra de salvación realizada a través de su Siervo Jesús en favor

de todos los hombres (Cfr. Hch. 2,47; 3,8-9; 4,21; 13,48; 21,20).

Esta alabanza gozosa no era sino la continuación del himno de gloria iniciado en Betlehem cuando *“los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto”* (Lc. 2,20); y *continuado a través del ministerio lleno de misericordia y compasión del Señor Jesús* (Cfr. Lc. 5,25-26; 7,16; 13,13; 23,47).

#### 5. *Comunidad eucarística* (Hch. 4,42.46).

La oración llegaba a su cumbre en la celebración de *“la fracción del pan”*, ese rito que Jesús instituyó la víspera de su muerte y que ordenó repetir en recuerdo suyo: *“Tomad, comed, este es mi cuerpo. . . Bebed todos (de este cáliz), porque ésta es mi sangre de la Alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados”* (Mt. 26,26-28).

Nosotros hemos heredado de nuestros hermanos de entonces la fe eucarística, según la cual bajo el pan y el vino consagrados están verdadera, real, y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

#### 6. *Comunidad alegre y sencilla* (Hch. 2,46; 5,41)

Las reuniones fraternas de la comunidad se desarrollaban también en un ambiente de convivencia festiva en que *“tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón”* (2,46b).

Ese gozo no era simplemente la alegría que produce el disfrutar de las cosas de este mundo, sino el gozo profundo que brota de lo más íntimo del corazón donde ha hecho su morada el Espíritu Santo: *“Los discípulos estaban llenos de gozo y del Espí-*

*ritu Santo*" (Hch. 13,42; Cfr. Hch. 5,41; 8,8.39; 13, 48; 16,34). San Pablo escribirá más tarde a los cristianos de Roma: *"El reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo"* (Rm. 14,17).

7. *Comunidad de participación de bienes* (Hch. 2,44b-45; 4,32b.34-35)

El amor auténtico, la *"caridad"* cristiana es eficaz y operativa, mueve de inmediato a la acción e impulsa a la donación de la persona misma y de lo que tiene. No es de extrañar, por tanto, lo que escribe san Lucas: *"Todos los creyentes... tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno"* (2,44-45). *"Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartían a cada uno según sus necesidades"* (4, 32b.34-35).

8. *Comunidad apostólica* (Hch. 2,42-43; 4,23-31. 33.35.37; 5,12.29.41-42).

Entre los elementos que integraban la vida de la comunidad cristiana primitiva uno muy importante era, sin duda alguna, el ministerio de los Apóstoles. Jesús había llamado a los Doce (Mc. 3,13-19; Jn. 15, 16); él los había escogido para que, en la renovación mesiánica, gobernarán las doce tribus de Israel, es decir, al nuevo Israel, a la iglesia de Cristo (Mt. 19, 28); él les había asignado a Pedro como hermano

mayor para que hiciera sus veces ante ellos (Mt. 16, 18; Lc. 22,32; Jn. 21,15-17); y, congregados con María su madre, los había ungido con el Don de su Espíritu (Hch. 2,14).

Pues bien, los Apóstoles ahora, llenos del Espíritu Santo, *“daban con gran poder testimonio de la resurrección del Señor Jesús”* (Hch. 4,33).

El poder que el Espíritu Santo les había comunicado se manifestaba en los milagros: *“El temor se apoderó de todos, pues muchos prodigios y signos se realizaban en el pueblo por manos de los apóstoles”* (2,43; 5,12a); *“hasta tal punto que incluso sacaban los enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos. También acudía la multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos, y todos eran curados”* (5,15-16).

Además de la proclamación pascual de Jesús (muerte, resurrección y glorificación), los Apóstoles se dedicaban a “enseñar” a los nuevos convertidos (Hch. 2,42). Esta *“instrucción o doctrina”* consistía en transmitirles, también al impulso del Espíritu Santo, lo que Jesús había hecho y enseñado durante su vida, haciéndoles ver cómo las divinas Escrituras habían encontrado realización plena en Jesús. Esas instrucciones sobre Jesús se han perpetuado en nuestros actuales Evangelios.

Todo esto supone que Jesús había investido a los Doce con un carisma particular, el carisma de *‘ser apóstoles’*, de *‘ser pastores’*, comunicándoles una autoridad específica para dirigir y apacentar el Pue-

blo de Dios (Cfr. Hch. 6,2-4; 8,14-17; 9,32; 10-11; 12; 15, etc.). Ese carisma de gobierno y de pastoreo se ha perpetuado a través de los siglos en el ministerio pastoral de la Iglesia, el cual reside en el Sumo Pontífice como sucesor de Pedro, en los Obispos como continuadores de los Apóstoles, y en los Sacerdotes, los cuales participan de ese mismo ministerio pastoral.

9. *Comunidad Misionera* (Hch. 2,47; 4,4.23-31. 33; 5,14.42)

Nacida por la acción fecunda del Espíritu y por la proclamación llena de poder de los Apóstoles, la comunidad cristiana aumentaba día a día. Ese crecimiento no era sólo efecto de un fenómeno sociológico, sino fruto de la obra del Señor glorificado: *“El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar”* (2,47b); y *“los creyentes cada vez en mayor número se adherían al Señor, una multitud de hombres y mujeres”* (5,14; 4,4).

El interés misionero no era únicamente de los Apóstoles, sino que la iglesia entera apoyaba su predicación con su amor fraterno y sus plegarias. En una ocasión. Pedro y Juan, puestos en libertad, volvieron a los suyos y les contaron todo lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y ancianos.

Al oírlo, todos a una levantaron su voz a Dios y dijeron: *“Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía, extendiendo tu mano para que realicen curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús”*. *“Acabada su oración, retembló el lugar donde estaban reunidos,*

*y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía” (4,29-31).*

Toda comunidad cristiana auténtica y verdadera es necesariamente “comunidad misionera”. Su crecimiento no es concebible sino como efecto de una doble causalidad subordinada; a saber: la acción vivificante del Espíritu Santo y el trabajo apostólico de sus miembros, los cuales —al impulso del mismo Espíritu— siguen proclamando con poder la Buena Nueva del Hijo de Dios, Jesús: Salvador, Mesías y Señor.

#### 10. *Comunidad Mariana* (Hch. 1,14)

Es impresionante constatar que, al principio del libro de los Hechos, cuando san Lucas da oficialmente la lista de los Doce Apóstoles, de inmediato agrega: “*Todos éstos perseveraban asiduos en la oración con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y sus hermanos*” (1,14).

Al lado de los Doce, elegidos como columnas del nuevo Israel (Cfr. Mt. 19,28; Lc. 22,30), está María, nombrada expresamente como la madre de Jesús.

La presencia de María en tales circunstancias tiene hondo significado, pues así como el Espíritu Santo, Fuerza del Altísimo, descendió sobre ella y la cubrió con su sombra para concebir a Jesús (Cfr. Lc. 1,35); así también ahora, la Fuerza del Espíritu Santo descenderá sobre ese pequeño núcleo presidido por la madre de Jesús para dar vida a la naciente Iglesia. Si María había tenido parte esencial en la navidad de Jesús, era conveniente —según el plan de Dios— que asistiera también con oficio maternal a “la navidad histórica de la Iglesia”.

La Santísima Virgen María es "*madre de la Iglesia*". Así lo proclamó el Concilio Vaticano II. Por eso, toda comunidad cristiana debe reconocerla como su "madre" y tributarle como a tal la veneración y el amor que le son debidos ("Lumen gentium", n. 53).

## REFLEXIONES

1. No soy un individuo aislado en el mundo. Soy consciente de ser una célula viva de una comunidad, de una "comunidad cristiana", nacida por la acción fecunda del Espíritu Santo.
2. Tengo que unirme con mis hermanos y formar con ellos comunidad para orar, alabar a Dios, darle gracias, celebrar la eucaristía, en una atmósfera de sencillez de corazón, de infancia espiritual, de paz y de gozo en el Espíritu Santo.
3. Soy miembro de una comunidad misionera y mi obligación es proclamar con mi vida y mi palabra la Buena Nueva de Jesús, el Hijo de Dios, Salvador, Mesías y Señor.
4. María, la madre de Jesús es también "Madre del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia". Por tanto, la Santísima Virgen es mi madre. Ella desempeña constantemente su oficio maternal en medio de nosotros. Por eso tiene un lugar de preferencia, de veneración y de amor en mi comunidad.

## VII. Séptima instrucción

### LOS CARISMAS DEL ESPIRITU PARA CONSTRUCCION DE LA COMUNIDAD

En una catequesis histórica, S.S. Pablo VI dijo: *“La necesidad de la Iglesia supone una carencia imprescindible por parte del hombre; la necesidad de que el prodigio de Pentecostés tenga que continuar en la historia de la Iglesia y del mundo; y ello en la doble forma en la que el don del Espíritu Santo se concede a los hombres:*

- *primero, para santificarlos (y ésta es la forma primaria e indispensable por la que el hombre se convierte en objeto del amor de Dios, gratum faciens, como dicen los teólogos), y,*
- *después, para enriquecerlos con prerrogativas especiales que llamamos carismas (gratis data), ordenados al bien del prójimo y especialmente de la comunidad de los fieles” (16 de octubre de 1974).*

#### I. *El estado de gracia*

Pues bien, cuando el Espíritu Santo toma posesión del creyente y lo convierte en su Templo, el hom-

bre queda instantáneamente justificado; la acción de Dios lo invade; gracias a la confesión brotada del corazón, se le otorga el perdón de los pecados; y el alma queda elevada a un estado de convivencia con la vida divina (2 P. 1,4), que llamamos "*estado de gracia*", "*estado de filiación adoptiva*", estado de vida sobrenatural que vale más que la vida natural y al que de suyo está asegurada la plenitud y la felicidad de la vida eterna.

## II. *Los carismas del espíritu*

Pero, además de hacerlo hijo de Dios, el Espíritu Santo, al venir al creyente, lo hace un "*miembro vital*" de un cuerpo: el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. "*Así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función; así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros, pero teniendo carismas diferentes, según la gracia que nos ha sido dada...*" (Rm. 12, 4-6a).

Esta realidad es fundamental. Todos nosotros con Jesús formamos un solo cuerpo, formado por la cabeza y por los miembros que desempeñan funciones específicas diferentes, pero todas ordenadas al bien del cuerpo total. La cabeza es Cristo; nosotros, sus diversos miembros. Y una sola alma: el

Espíritu Santo que da vida y mueve a todo el cuerpo. Un solo Espíritu en Jesús y en cada uno de nosotros.

Ahora bien, el Espíritu, alma de nuestro ser sobrenatural, nos comunica, además de la vida divina, “gracias, dones, carismas, funciones, actividades”, para poder cumplir nuestra misión de ser “tal miembro en el cuerpo total de Cristo”. Estos dones espirituales gratuitos, que llamamos “*carismas*” no son directamente gracias en orden a la santificación personal, sino que son “*manifestaciones del Espíritu para el provecho común*” (1 Co. 12,7).

Los carismas no son, por tanto, sólo aptitudes o capacidades naturales, sino dones que el Espíritu Santo comunica o hace surgir en cada miembro del cuerpo de Cristo para que cada uno sirva al cuerpo total.

### III. *Diversidad de los carismas*

Los carismas son innumerables; tan abundantes, como necesidades tenga la comunidad para ser construída; son de variada importancia, según sirvan más o menos a la edificación de la iglesia; y sobre todo son de diferente naturaleza, según la función específica que tienen que desempeñar.

San Pablo animaba a los corintios a que aspiraran a los carismas del Espíritu: “*¡Ambicionad los carismas superiores! ¡Id en pos de la caridad, pero ambicionad también los dones espirituales!*” “Ya

*que ambicionais los dones del Espíritu, procurad abundar en ellos para la edificación de la asamblea”* (Cfr. 1 Co. 12,31; 14,1.12).

Unos carismas manifiestan un carácter de gracia transitoria: por ejemplo, una visión, una palabra profética, una luz de sabiduría, una iluminación de conocimiento. Otros se muestran como carismas estables, como son: el ser apóstol, el carisma presbiteral, los ministerios de gobierno, la diaconía de enseñanza.

Unos carismas edifican la Iglesia en una forma: por ejemplo, los carismas de exhortación y de asistencia; otros, en otra: por ejemplo, los carismas de curación y de milagros.

Unos carismas miran a un estado de vida: por ejemplo, el matrimonio y la virginidad (1 Co. 7,7); otros se ordenan a una actividad concreta en el cuerpo de Cristo: por ejemplo, el presidir, el ejercer la misericordia (Rm. 12,8).

Sin embargo, lo que tienen de común es que, a más de ser una gracia gratuita de Dios, todos realizan su función en virtud de una moción positiva, actual, sobrenatural y transeúnte del Espíritu Santo.

Los textos principales del Nuevo Testamento que tratan de los “dones del Espíritu” o “dones espirituales” son los siguientes: 1 Co. 12,7-11; 12,27-28; Rm. 12,6-8; Ef. 4,11-13; 1 Ped. 4,10-11.

Ver además los siguientes textos: 1 Co. 3,5.10; 7,7; 13,1-3; 14,6; 2 Co. 6,3; 12,1.12; Tt. 1,5; 1 Tm. 1,12; Mc. 16, 17; Hch. 6,4; 11,27; 13,1; 20,28.

#### IV. *¿Sistematización de los carismas?*

Una sistematización rígida de los carismas sería inadecuada. Una imagen puede iluminar el hecho. Así como entre los colores del arco iris, unos son bien definidos, pero otros resultan de la fusión de los colores firmes; de manera semejante sucede en los carismas. Unos son precisos y pueden clasificarse bajo un solo apartado; otros, en cambio, por razón de su riqueza, prestan notas variadas que les permiten ser colocados en dos o más apartados. Además, hemos dicho que los carismas son innumerables.

Por todo esto, sin pretender en manera alguna hacer una clasificación exacta, perfecta y completa de los carismas mencionados en los textos, —y sólo a manera de ejemplo— he aquí un ensayo de agrupación.

##### 1. *Carismas de "apostolado", "enseñanza", "gobierno"*.

Apóstoles: 1 Co. 12,28; Ef. 4,11

Profetas: 1 Co. 12,28; Ef. 4,11

Pastores: Ef. 4,11; Hch. 20,28

Maestros: 1 Co. 12,28; Rm. 12,7; Ef. 4,11

Evangelistas: Ef. 4,11; Hch. 21,8.

Episcopos, presbíteros, diáconos: Hch. 14,23;  
15,2; 20,17.28; Flp. 1,1; Tt. 1,5.

Diaconías diferentes: Hch. 6,1-6; Rm. 12,7; Ef. 4,12; 1 P. 4,11.

## 2. *Carismas de conocimiento y de palabra.*

- Palabra de profecía: 1 Co. 12,10; Rm. 12,6
- Palabra de sabiduría: 1 Co. 12,8.
- Palabra de conocimiento (ciencia): 1 Co. 12,8.
- Revelaciones: 1 Co. 14,26.
- Penetración de misterios: 1 Co. 13,2.
- Visiones: Hch. 2,17; 9,3-17.
- Discernimiento: 1 Co. 12,10; 14,29.
- Xenoglosia: Hch. 2,6.11; Mc. 16,17.
- Lenguas (glosolalia); 1 Co. 12,10.29; Hch. 10,46; 19,6.
- Interpretación de lenguas: 1 Co. 12,10.30.

## 3. *Carismas de servicio*

- Funciones administrativas: 1 Co. 12,28.
- Presidir: Rm. 12,8.
- Asistencia en las necesidades: 1 Co. 12,28.
- Exhortar: Rm. 12,8.
- Obras de misericordia: Rm. 12,8.
- Distribución de los propios bienes: 1 Co. 13,3.
- Entrega de la propia vida: 1 Co. 13,3.

## 4. *Carismas de poder.*

- Fe: Hch. 14,9; 1 Co. 12,9.28.
- Obras de poder: Hch. 4,30; 1 Co. 12,10.28.
- Exorcismos: Mc. 16,17.

## 5. *Carismas de estado de vida*

- Matrimonio: 1 Co. 7,7.
- Celibato, virginidad, soltería consagrada: 1 Co. 7,7.34.

## REFLEXIONES

1. Ante el amplísimo panorama de los carismas, "*manifestaciones del Espíritu para el provecho común*", es preciso tomar conciencia de que también nosotros, también yo, soy un miembro vital en el Cuerpo de Cristo, y tengo en él una actividad y una función que desempeñar; y para ello el Espíritu Santo me ha dado sus dones.
2. No todos los carismas que comunica el Espíritu han sido mencionados en las listas precedentes. San Pablo nunca quiso ofrecer un catálogo exhaustivo de las "*manifestaciones del Espíritu*". Cada época de la historia, cada lugar del universo, cada circunstancia por las que atraviesa la Iglesia, requieren la manifestación del Espíritu y su acción poderosa y constructiva, y El distribuye sus dones, funciones, actividades y ministerios de acuerdo a las necesidades concretas de la historia de salvación.
3. Es necesario, por tanto, que yo descubra con claridad cuál o cuáles son los "*dones espirituales*" que el Señor ha puesto en mí para ayudar en la construcción de mi comunidad cristiana. Para eso necesito orar y pedir la luz del Espíritu Santo.
4. Más aún, siguiendo el consejo de san Pablo, debo atreverme a implorar del Espíritu Santo que me comunique sus carismas, los que El quiera y tenga destinados para mí, con el fin de cumplir sobre la tierra mi papel de edificación en el Cuerpo de Cristo.



## REUNIONES ESPECIALES

Esta serie de instrucciones, según sean los grupos conviene alternarlas o concluir las con una o dos reuniones especiales, las cuales pueden incluir un acto penitencial, una oración de curación interior, una renovación del bautismo, o sea una reunión de testimonios.

### I. *Acto penitencial*

Es de desear que durante el período de instrucción o en los días anteriores a la renovación del bautismo, la persona haga una confesión sacramental muy sincera, asegurando así la remisión de sus pecados —que es el milagro de la justificación—, y la elevación al estado de convivencia con la vida divina —que llamamos estado de gracia—.

Sin embargo, además de esta confesión sacramental a nivel personal, es sumamente fructuosa una celebración penitencial en comunidad. Es de aconsejar que quien preside la reunión propicie una atmósfera de oración profundamente recogida, lea algunos pasajes bíblicos sobre el perdón que Dios otorga al pecador que sinceramente se arrepiente, por ejemplo: el relato de la oveja perdida (Lc. 15,1-7); la parábola del hijo pródigo (Lc. 15,11-32); el caso

de la mujer adúltera (Jn. 8,1-11); la historia de Zaqueo el publicano (Lc. 19,1-10); y dirija luego un examen de conciencia inspirado en los catálogos de vicios que, ya en los tiempos apostólicos, podían manchar el alma y el cuerpo de los cristianos, teniendo siempre en cuenta que, si un pecado hiere nuestra persona, sobre todo es una misteriosa ofensa contra Dios, contra Cristo y contra nuestros hermanos (Cfr. Salmo 41,5; 51,5-6; Is. 59,2.12; Mt. 25,45; Hch. 9,5; 1 Co. 8,12; 1 Ts. 4,8).

El acto penitencial debe estar inspirado en el *Ritual de la Penitencia* aprobado por nuestros obispos. En él debemos pedir a Dios un perdón total y absoluto de nuestros pecados, personales o comunitarios. A cada enunciado de vicios o pecados, la asamblea puede exclamar: “¡Perdóname y perdónanos, Señor!”, sabiendo que, si personalmente no adolezco de tal o cual vicio, puedo sin embargo elevar mi plegaria a nombre de hermanos míos cristianos que ofenden gravemente a Dios y al prójimo con esos pecados.

De toda idolatría, hechicería e impiedad . . .

*¡Perdóname y perdónanos, Señor!*

De toda prevaricación, perjurio y sacrilegio . . .

De todo egoísmo, traición e ingratitud . . .

De toda injusticia, avaricia, codicia y latrocinio . . .

De toda soberbia, orgullo y vanagloria . . .

De todo adulterio, fornicación y perversión sexual . . .

De toda lujuria, impureza, desenfreno y libertinaje . . .

De toda embriaguez, gula y orgía . . .

De todo homicidio, rivalidad y envidia . . .  
De todo odio, discordia, celos y rencillas . . .  
De toda cólera, ira, insolencia y detracción . . .  
De todo engaño, mentira, maledicencia y chisme . . .  
De todo ultraje, altanería y contienda . . .  
De toda malignidad, deslealtad y desamor . . .  
De toda malicia, rebeldía e insensatez . . .  
De toda perversidad, maldad y murmuración . . .  
De toda división, disensión y desorden . . .  
De toda acritud, temeridad y fanfarronería . . .  
De toda enemistad, difamación y calumnia . . . (2).

## II. *Oración por sanación interior*

Después del acto penitencial en la misma sesión, o mejor otro día, es bueno que la persona o las personas que presiden la reunión, eleven y dirijan, al impulso del Espíritu Santo, una oración al Padre de las misericordias y a Jesús nuestro Salvador para implorar de ellos la sanación interior de cada uno de los hermanos allí presentes, con la seguridad en fe de que Dios concede lo que con humildad y confianza se le pide.

¿Por qué es necesaria esta "*sanación interior*"?

El hombre es un misterio de complejidad. A veces sufre de enfermedades corporales, a veces de enfermedades síquicas, a veces de enfermedades es-

---

(2) Las presentes listas están entresacadas de los catálogos que leemos en 1 Co. 5,9-11; 6,9-10; 2 Co. 12,20; Gá. 5,19-20; Rm. 1,29-31; 13,13; Col. 3,8; Ef. 4,31; 1 Tim. 1,9-10; 2 Tim. 3,2-5.

pirituales. Más aún, hay casos en que las enfermedades corporales son consecuencia de latentes desequilibrios síquicos, los cuales a su vez son o simple secuela de una naturaleza afectada por el pecado de origen, o doloroso efecto de pecados personales cometidos en el pasado. Y, ¿por qué no aceptar también que algún desequilibrio corporal o síquico sea provocado a veces por fuerzas superiores al hombre, que el Evangelio presenta sin rodeos como influencias diabólicas o inclusive posesión de Satanás?

Pues bien, una simple enfermedad corporal puede ser tratada por la medicina; un sencillo desajuste psicológico por la psicología. Pero ¿cómo solucionar los grandes conflictos en determinada persona, cuando éstos tienen como raíz una causa de otro orden, localizada algunas veces en la conciencia (como en el caso de pecados personales o de situaciones bien conocidas), y otras veces situada en la subconciencia? Y, ¿qué pensar si es una fuerza diabólica la que esclaviza y está causando el mal? (Cfr. Paulo VI, Alocución del 15 de noviembre de 1972).

Con frecuencia, para cancelar desequilibrios de orden moral, no basta una confesión sacramental. Es cierto que, ante todo, hay que recibir el sacramento del perdón que el Señor ha puesto bondadosamente a nuestro alcance. Con la recepción del sacramento de la reconciliación los pecados quedan perdonados, según la palabra de Jesús aceptada en la fe: "*A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados...*" (Jn. 20,23a). Pero, queda un desajuste profundo en el ser humano, en su espíritu, en su alma y en su cuerpo (Cfr. 1 Tes. 5,23), cuyas ma-

nifestaciones pueden ser, entre otras: ausencia de paz profunda y auténtica, tristeza al parecer innata, inclinaciones tenaces y molestas al pecado, sentido humillante de culpabilidad, escrúpulos insoportables, temores persistentes, resentimientos, odios, y rencores difíciles de extirpar, inestabilidad emocional permanente, recuerdos desagradables imposibles de olvidar, deseos inconscientes de venganza, sentimientos ocultos de vergüenza, cansancio y hastío de la vida, insatisfacción radical de la propia existencia.

Este es el campo, por decirlo así, de la sanación interior o espiritual. *“Dios Padre de quien todo procede y para el cual somos, y el Señor Jesucristo por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros”* (1 Co. 8,6), pueden mediante la poderosa acción de su Espíritu divino, obrar en nosotros una perfecta curación espiritual (Cf. Salmo 57), *que “penetre hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y las médulas, escrutando los sentimientos y pensamientos del corazón”* (Hb. 4,12).

El Señor Jesús, que dio su vida para nuestra liberación total, puede en un instante, al contacto de su sangre redentora, propiciatoria y salvadora, obrar un prodigio de purificación y curación radical, y ajustar los desequilibrios que haya en nuestra naturaleza, herida o por el pecado original o por las faltas personales. Ver 1 Co. 6,20; 7,23; Rm. 3,25; 1 P. 1,18-19; Jn. 1,29; 6,51-58; 1 Jn. 2,2; 4,10.

Al terminar la oración de sanación interior es bueno permanecer algunos minutos en silencio para que cada uno, en el interior de su corazón, entre en

diálogo íntimo y personal con el Padre de los Cielos y con Cristo Jesús, suplicándoles que con la fuerza de su Espíritu realicen ese milagro de su sanación interior; e inmediatamente comience cada quien a dar gracias a Dios y a alabarlo por la obra de su misericordia sin límites.

El Salmo 103,3.8-14, o Rm. 8,31-39 pueden cerrar la oración de sanación o el acto penitencial.

### III. *Renovación del Bautismo en el Espíritu Santo*

Como lo hemos explicado, esta renovación consiste en una oración que, tanto la persona que desea la renovación de su bautismo mesiánico como la comunidad cristiana allí presente, elevan a Jesús exaltado por la diestra de Dios y que ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, con el fin de que él, a su vez, lo derrame en plenitud sobre la persona por quien se ora. En esta forma es Jesús mismo glorificado quien renueva el bautismo derramando Espíritu Santo, cumpliéndose una vez más la promesa: "*Vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo*" (Hch. 1,5; 11,16).

Para la reunión de oración conviene recordar tres cosas previas:

1. La renovación del bautismo en el Espíritu Santo exige que la persona que lo desea haya pasado

unos días de “silencio interior”, de “recogimiento” y de “escucha”, en los que la conciencia madura su conversión y su purificación. El encuentro con el Espíritu Santo y Santificador tiene lugar en el secreto del corazón, donde se guarda la palabra del Señor y donde el hombre es él mismo en la soledad de su personalidad.

2. Es de desear, como ya lo hemos apuntado, que en los días anteriores a la renovación del bautismo, la persona haga una confesión sacramental muy sincera, asegurando así la remisión total de sus pecados.

3. Al silencio y a la confesión, hay que añadir la oración que, en la expresión tradicional de la Iglesia, toma la forma de una imploración de invocación, de deseo; “¡Jesús, bautízame en tu Espíritu! ¡Renueva en mí tu bautismo en el Espíritu Santo!” O bien: “¡Ven, ven Espíritu Creador! ¡Ven, ven Espíritu Santo!”

La oración, mediante la cual se implora la renovación del bautismo en el Espíritu Santo, exige un ambiente adecuado y un clima propicio; en otras palabras, se requiere una atmósfera de oración profunda. Por esta razón, el bautismo en el Espíritu Santo ordinariamente se lleva a cabo dentro de una reunión de oración, organizada especialmente para el caso.

En algunas comunidades de oración se prefiere hacer esta renovación durante la celebración eucarística, según aquella nota arcaica de los Hechos:

*"Acudian asiduamente a la instrucción de los Apóstoles y a la asamblea comunitaria; a la fracción del pan y a las oraciones"* (2,42).

Esta costumbre nos parece excelente, pues no sólo en la celebración de la Eucaristía la oración alcanza su expresión más elevada, a causa de la presencia singular de Jesús que realiza este sacramento, sino que el ritual mismo del bautismo indica que se puede administrar el bautismo dentro de la celebración eucarística.

La renovación del bautismo en el Espíritu Santo exige —como sucede en el rito del sacramento del bautismo— que la persona interesada haga:

- 1º Una seria renuncia al pecado, a Satanás, a sus obras y a sus seducciones.
- 2º Una humilde petición de perdón por las faltas personales.
- 3º Una proclamación pública y solemne, pero también muy personal, de Jesús el Hijo de Dios como "*mi Salvador*", "*mi Mesías*", "*mi Señor*"; esto es, un profundo acto de fe en que Jesús me redime y me salva, gracias a su sangre ofrecida en el Calvario (Rm. 3,24-25); que Jesús-Mesías, lleno del Espíritu, lo derrama sobre mí (Jn. 1,33); que Jesús es el Señor de mi propia vida, para gloria de Dios Padre (Flp. 2,11).

Las *renuncias* y la *petición del perdón* tienen su sitio adecuado en el momento del rito penitencial.

La solemne *proclamación de fe* en "*Jesu-Cristo, mi Señor*" puede tener lugar después de la homilía.

Inmediatamente después viene la oración para implorar de Jesús la renovación del bautismo en el Espíritu Santo. Una o varias personas imponen las manos sobre aquellos hermanos que quieren recibir esa gracia, y oran al Padre y a Jesús glorificado que envíen su Espíritu sobre ese hermano o hermana creyente que desea recibir una plenitud más del Don de Dios, mientras que toda la asamblea permanece en oración o en alabanza implorando esa gracia.

Después de la comunión, durante la acción de gracias, se agradecerá en ambiente de oración participada el Don recibido, y los que han sido "renovados en su bautismo", entregándose de manera nueva a Jesús, harán una consagración personal al Espíritu Santo para que El sea en adelante su Director, su Guía, su Luz y su Fortaleza.

#### IV. *Reunión de testimonios*

A la semana siguiente es muy conveniente tener una sesión especial con aquellos hermanos que acaban de recibir la gracia de su renovación. La reunión será, en primer lugar, de intensa oración para adorar y alabar a Dios y darle gracias por el don que les ha concebido. Se dedicará también un buen tiempo para que compartan con sencillez las experiencias que han tenido con ocasión de la renovación de su bautismo en el Espíritu y para que surja de

la asamblea un himno de glorificación al Señor. El instructor aprovechará la oportunidad para animar a los iniciados con consejos prácticos con el fin de que continúen en esa "nueva vida" al impulso del Espíritu, los entusiasmará para que se dispongan a que el Espíritu Santo manifieste en ellos sus carismas, y los preparará para que sepan superar las dificultades, tentaciones y desalientos que se les puedan presentar.

Finalmente, es muy necesario que los "renovados en su bautismo en el Espíritu", además de ejercitarse en la oración personal individual (Mt. 6,6); se integren en alguna asamblea de oración, más aún en una comunidad pequeña de oración, con el fin de ir creciendo y progresando en esta "vida al impulso del Espíritu".

Sólo mediante la oración constante (1 Ts. 5,17), será posible ir progresando en el camino del Espíritu y adquirir la madurez necesaria, para llegar finalmente *"al conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo"* (Ef. 4,13).

## I N D I C E

|  |    |
|--|----|
| Renovación al impulso del Espíritu .....   | 5  |
| I. <i>Primera instrucción:</i><br>Renovación cristiana en el Espíritu Santo                                      | 9  |
| II. <i>Segunda instrucción:</i><br>Pentecostés, Bautismo en el Espíritu Santo .....                              | 19 |
| III. <i>Tercera instrucción:</i><br>El primer testimonio sobre Jesús al impulso<br>del Espíritu Santo .....      | 27 |
| IV. <i>Cuarta instrucción:</i><br>¿Qué hacer para participar del don del Espíritu<br>Santo .....                 | 33 |
| V. <i>Quinta instrucción</i><br>Bautismo en el Espíritu Santo, Renovación de<br>nuestro bautismo mesiánico ..... | 41 |
| VI. <i>Sexta instrucción</i><br>Creación de la comunidad cristiana   |    |
| VII. Los carismas del Espíritu para construcción<br>de la comunidad .....  | 59 |
| <i>Reuniones especiales:</i>   |    |
| — Acto penitencial .....   | 67 |
| — Oración por sanación interior .....  | 69 |
| — Renovación del Bautismo en el Espíritu Santo   | 72 |
| — Reunión de testimonios .....   | 75 |